

# La Ilíada

Versión adaptada e ilustrada de la  
guerra de Troya para jóvenes lectores

por Frances Bianchi & Mara Seronda



**La Ilíada**

**Versión adaptada e ilustrada de la guerra de Troya**

por Frances Bianchi y Mara Seronda

**Ollada de Tinta © 2026**

**Todos los derechos reservados**

Esta obra es una adaptación y recreación original de *La Ilíada* de Homero, reescrita y simplificada para jóvenes lectores.

Esta adaptación, incluidos su texto original, selección, estructura, organización y elementos narrativos, está protegida por derechos de autor. Queda prohibida la reproducción, distribución, almacenamiento en sistemas de recuperación o transmisión, total o parcial, de esta publicación, por cualquier medio o procedimiento —electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación o cualquier otro— sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos, salvo en los casos expresamente permitidos por la legislación aplicable sobre derechos de autor.

Todas las ilustraciones son obras originales de Mara Seronda y están protegidas por derechos de autor. Queda prohibida su copia, reproducción, distribución o utilización, total o parcial, en cualquier forma, sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos.

**Nota editorial**

Esta edición ha sido adaptada para acercar el poema épico original a lectores de edad escolar. Algunas escenas, descripciones y estructuras narrativas han sido modificadas, condensadas o ampliadas con el fin de facilitar la comprensión y favorecer una lectura adecuada para el público al que se dirige.

**ISBN:** 979-1399178944

**Depósito legal:** C 1465-2026

**Publicado originalmente en febrero de 2026**

**Edición revisada y rediseñada, agosto de 2026**

|                                          |     |
|------------------------------------------|-----|
| Prólogo                                  | 5   |
| Capítulo 1 – La manzana de la discordia  | 9   |
| Capítulo 2 – El rapto de Helena          | 17  |
| Capítulo 3 – Preparándose para la guerra | 23  |
| Capítulo 4 – La cólera de Aquiles        | 29  |
| Capítulo 5 – El corazón de Troya         | 39  |
| Capítulo 6 – El juicio de las espadas    | 47  |
| Capítulo 7 – La armadura de Aquiles      | 55  |
| Capítulo 8 – El fuego renace             | 63  |
| Capítulo 9 – Duelo de héroes             | 73  |
| Capítulo 10 – El perdón de Aquiles       | 81  |
| Capítulo 11 – El ocaso de los héroes     | 87  |
| Capítulo 12 – El último amanecer         | 95  |
| Epílogo                                  | 103 |
| Agradecimientos                          | 109 |



## Prólogo

Hace mucho, mucho tiempo, cuando los dioses aún caminaban entre los hombres y las estrellas parecían más cercanas, una guerra cambió el destino del mundo.

Ocurrió en Troya, la ciudad más orgullosa y poderosa del oriente, cuyas murallas desafiaban al cielo.

Durante siglos, los poetas contaron su historia, y el más famoso de todos —Homero— la convirtió en canto.

Se dice que, sentado junto al fuego con su lira entre las manos, narraba las hazañas de los héroes que buscaron la gloria, el amor... o simplemente la victoria.

Pero esta historia no trata solo de batallas: habla también del orgullo y la ira, del valor y la compasión, de los dioses que jugaban con la suerte de los hombres y de los hombres que se atrevieron a desafiar a los dioses.

Entre ellos estaba Aquiles, el más valiente de los griegos.

Hijo de una diosa del mar y de un mortal, había crecido sabiendo que su vida sería breve, aunque su nombre perduraría en el tiempo.

Para protegerlo de su destino, su madre, cuando era solo un bebé, quiso hacerlo invulnerable. Lo llevó al río Estigia, cuyas aguas se creía que daban fuerza y eternidad a cuanto tocaban.

El agua cubrió su cuerpo como un espejo oscuro, dejando solo los talones —por donde la diosa lo sostenía— sin mojarse.

Ya de joven, el dios Hefesto, movido por el afecto que sentía hacia Tetis, fabricó para él una armadura que ningún hierro forjado por mortal alguno podía atravesar.

El escudo, bruñido como un sol, reflejaba el mundo entero: el mar, la tierra, los hombres y los dioses. Cuando lo alzaba, parecía sostener en él el destino de sus enemigos.

Rápido como el viento y fuerte como el trueno, Aquiles no deseaba riquezas ni reinos: solo que su nombre no fuese olvidado.

Al otro lado del mar, en las laderas del monte Ida, vivía un joven pastor llamado Paris. Cuidaba sus rebaños sin sospechar que era hijo de los reyes de Troya y heredero del trono.

Un oráculo había anunciado que traería la ruina a su ciudad; por eso fue abandonado al nacer y criado lejos del palacio.

Paris creció entre montañas y pastos, ajeno a su linaje, sin imaginar que una sola elección encendería la guerra que nadie olvidaría.

En Troya, su hermano Héctor se preparaba para ser el defensor de la ciudad. Era valiente y justo, amado por su pueblo, esposo de Andrómaca y padre de un niño pequeño.

No buscaba gloria ni fama, sino proteger lo que amaba.

Si Aquiles luchaba para que su nombre viviera para siempre, Héctor lo hacía para que su gente pudiera seguir viviendo en paz.

Mientras todo esto ocurría, crecía Helena, princesa de Esparta y mujer de belleza sin igual. Reyes y príncipes de toda Grecia acudieron a ella deseando ganarse su mano. Pero su padre, Tindáreo, temía que la elección de uno de ellos desatara la ira de los demás.

Desesperado por evitar una guerra entre sus aliados, Tindáreo buscó consejo en Ulises, rey de Ítaca, conocido por su astucia. Ulises no aspiraba a la mano de Helena, pues su deseo era casarse con Penélope, sobrina de Tindáreo. Ayudando al rey, esperaba ganar su favor y obtener su consentimiento.

Finalmente, Menelao fue elegido esposo de Helena y, por consejo de Ulises —como garantía de paz—, todos los pretendientes juraron proteger aquel matrimonio.

De este cruce de destinos nació el canto que hoy conocemos como La Ilíada, un relato que, miles de años después, sigue vivo porque el orgullo, el coraje... y el corazón humano no han cambiado tanto desde entonces.



## Capítulo 1 – La manzana de la discordia

Una gran boda iluminó la tierra y el cielo. Se unían Peleo, el más noble de los hombres, y Tetis, la ninfa del mar cuyo resplandor hacía temblar las aguas.

En el monte Pelión, las cumbres se cubrieron de una neblina dorada. Los inmortales descendieron de sus moradas para celebrar la unión: Zeus, Hera, Atenea, Apolo, Poseidón... todos reían y brindaban mientras las Musas trenzaban sus voces alrededor del fuego. El aire vibraba con música y nada parecía capaz de turbar aquella alegría.

Pero en el corazón del Olimpo la calma rara vez perdura. Eris, la diosa de la discordia, no había sido invitada. Y su paso siempre deja rencor y sombra.

Desde lo alto observó el banquete: el resplandor de las copas, las risas... y en su interior creció la amargura. El aire cambió de repente como si el cielo contuviera el aliento.

—Si no me quieren entre ellos —murmuró con una sonrisa torcida—, haré que nadie olvide este día.

Envuelta en nubes oscuras, descendió hasta la mesa y dejó caer un pequeño objeto dorado.

Era una manzana, pulida como el sol recién nacido. En su piel brillaba una inscripción: “Para la más bella.”

El silencio cayó como un velo. Las risas se apagaron y las copas quedaron suspendidas en el aire.

Hera, diosa de los cielos y esposa de Zeus, fue la primera en hablar:

—Debe de ser para mí —dijo con voz serena—. Soy la reina de los dioses.

Atenea, la de los ojos grises, replicó sin alzar el tono:

—La belleza sin sabiduría es una flor que se marchita al primer viento.

Afrodita, envuelta en luz rosada, sonrió con dulzura peligrosa.

—Y sin amor, ¿de qué sirve la sabiduría?

Zeus miró la manzana con fastidio. Sabía que cualquier elección incendiaría el Olimpo.

—Que decida otro —dijo al fin—. No un dios, sino un mortal que mire con ojos sinceros.

Y el Olimpo quedó suspendido desde ese momento, entre la fiesta y la tormenta.

Mientras tanto, esa misma noche en Troya, la reina Hécuba daba a luz a su hijo.

Aquella noche soñó con una antorcha que ardía entre sus brazos y cuyas llamas alcanzaban los muros de la ciudad.

Entonces su hija Casandra habló con voz trémula:

—Ese niño será la llama que consumirá los muros de Troya.

Alarmado, el rey Príamo consultó a los adivinos y todos coincidieron:

—Su suerte traerá la ruina de Troya.

El recién nacido fue entregado en secreto a un pastor para que lo criase lejos del palacio, aunque nadie imaginaba que el niño fuese a sobrevivir.

El tiempo transcurrió, pasaban los años pero el eco de la manzana seguía resonando entre las diosas como una herida abierta. Ninguna olvidaba el agravio, y cada una esperaba la ocasión de probar que era ella quien más la merecía.

Una mañana, mientras el sol nacía sobre las laderas del monte Ida, tres figuras llenas de luz aparecieron ante los ojos de un joven pastor troyano llamado Paris.

No caminaban: flotaban sobre la hierba, tan ligeras que ni las flores se inclinaban a su paso.

Atenea, Hera y Afrodita, acompañadas de Hermes —el mensajero de los dioses—, se detuvieron frente a él.

—Joven mortal, te hemos elegido para que resuelvas un conflicto. Toma esta manzana y decide quién de ellas la merece —dijo Hermes.



Paris, superado su temor inicial, escuchó lo que las diosas le tenían que decir.

Atenea le ofreció a cambio de ser elegida la victoria en todas las batallas.

Hera le prometió poder sobre los reinos de los hombres.

Afrodita guardó silencio un instante y luego susurró, con voz que sonaba a brisa entre las hojas:

—Yo te daré el amor de la mujer más hermosa del mundo.

Paris sintió que el tiempo se detenía. No deseaba ejércitos ni coronas, sino un rostro soñado y un nombre que aún no conocía.

Tomó la manzana y la tendió a Afrodita.

—Para ti —dijo—, porque nada vence al amor.

Las otras diosas callaron, mientras Afrodita sonreía con una mezcla de ternura y triunfo.

—Paris, príncipe de Troya —anunció—, por tu linaje conocerás a la mujer más hermosa del mundo.

—¿Príncipe? Si yo soy un simple pastor —balbuceó él.

—Sí —respondió la diosa—. Lo que hoy has conocido moverá los hilos de la suerte más allá de lo que ningún mortal podría soñar. Ven conmigo; te mostraré el lugar que siempre fue tuyo.

Juntos caminaron por los senderos que Paris conocía de memoria, aunque ahora le parecían distintos, más solemnes.

El aire estaba quieto y ni las aves se atrevían a cantar.

Al llegar a las murallas de Troya, los heraldos que custodiaban la entrada se acercaron con cautela.

Afrodita señaló discretamente a Paris y, al ver las marcas de su nacimiento, los hombres lo reconocieron.

—Es él —murmuraron—. El hijo de Príamo y Hécuba.

Lo condujeron al palacio. Paris se sintió pequeño ante tanta grandeza, pero siguió adelante, guiado por la presencia cálida de la diosa.

Príamo y Hécuba, junto a Casandra y sus otros hijos, lo esperaban. Sus rostros, marcados por los años y la tristeza, se iluminaron al verlo.

Hécuba se inclinó hacia él con lágrimas en los ojos.

—Mi hijo... mi hijo perdido... —dijo, abrazándolo con fuerza.

Príamo lo rodeó con ternura:

—Bienvenido, Paris. Nunca debimos dejarte. Ahora volverás a ser el príncipe que Troya esperaba.

Solo Casandra guardó silencio.

Paris todavía sentía la incredulidad en el pecho, pero una certeza nueva crecía dentro de él: ya no era solo un pastor; era heredero. Y cada decisión que tomara tendría peso en su ciudad... y en el mundo que lo rodeaba.



## Capítulo 2 – El rapto de Helena

Desde su regreso a Troya, Paris había intentado adaptarse a su nueva vida como príncipe. Muchas veces añoraba volver a ser el pastor que caminaba tras sus rebaños por las colinas. Pero ahora era el hijo de los reyes, ligado al deber y a las esperanzas que su nombre despertaba.

El pueblo lo miraba con curiosidad: algunos veían en él un elegido de los dioses; otros, un presagio difícil de descifrar. Muchos murmuraban que aquel joven criado lejos de la corte nunca igualaría la fuerza y el honor de su hermano Héctor. Hasta los consejeros del rey dudaban de que el destino de Troya pudiera descansar en sus manos.

Pero ni el oro de los templos ni las voces del consejo lograban borrar de su mente el recuerdo de Afrodita y de aquella promesa que aún palpitaba en su pecho.

El rey Príamo, queriendo probar su valía y acallar las dudas del pueblo, lo envió como embajador a Grecia, con el encargo de fortalecer alianzas y traer buenas nuevas para Troya. Era su primera misión oficial, una prueba de confianza y de madurez.

Así fue como Paris llegó a Esparta, donde el rey Menelao y la reina Helena lo recibieron con generosa hospitalidad. Durante varios días, los banquetes llenaron el palacio: la música resonaba entre las columnas, el vino fluía sin descanso, y el perfume de los jardines se mezclaba con el humo de las antorchas.

Pero Afrodita, que nunca olvida sus promesas, había tejido en secreto los hilos de aquel viaje. Entre los cortinajes dorados, Helena observaba al joven troyano sin sospechar que él era el hombre que la diosa había elegido para ella.

El príncipe hablaba poco, y cuando lo hacía, su voz tenía la serenidad de quien escucha al mundo antes de responder. Helena, acostumbrada a las palabras adornadas, se sintió sorprendida por aquel silencio que parecía comprenderlo todo, mientras Afrodita, invisible, los envolvía con su perfume.

El deseo creció entre ellos sin palabras, y lo que comenzó como curiosidad se convirtió en una promesa callada.

Poco después, llegó un mensajero con noticias urgentes: el padre de Menelao había muerto en Creta. El rey, obligado por el deber, partió al funeral dejando a su huésped bajo la custodia de la reina.

Entonces el palacio cambió de ritmo. Los pasos de los sirvientes parecían más lentos, las luces más tenues, y las noches... más largas.

Helena caminaba por los pasillos con el corazón en desorden, y Paris sentía que cada paso lo acercaba más a un destino que ya no podía detener.

Una noche, cuando la luna blanqueaba el mármol del palacio, Paris la encontró entre los jardines dormidos. No hicieron falta palabras: el destino ya las había dicho por ellos.

Helena pensó en su esposo, en su hija, en los dioses que observaban... pero también en la soledad que la habitaba desde hacía años. Paris dio un paso hacia ella, y el mundo pareció detenerse. Cuando sus miradas se encontraron, la decisión ya estaba tomada.

Antes de que el alba tocara los tejados de Esparta, el barco troyano zarpó hacia oriente, llevándose con él la semilla de una guerra que incendiaría el mundo.

Al descubrir la ausencia de su esposa, Menelao alzó la voz hacia el cielo.

—¡Por los dioses! —clamó—. ¡Que Grecia entera sea testigo de mi deshonra!

Sin perder tiempo, viajó a Micenas para pedir ayuda a su hermano Agamenón, el más poderoso de los reyes. Este escuchó su relato con el rostro serio y los puños cerrados.

—Entonces —dijo— ha llegado la hora de cumplir el juramento de Tindáreo.

Y envió mensajeros a todos los rincones de Grecia, recordando a los reyes la promesa de proteger el matrimonio de Helena y castigar a quien osara quebrantarlo.

Cruzaron montañas y mares llevando la noticia: Helena había sido raptada, y su esposo reclamaba justicia. Uno tras otro, los reyes

respondieron al llamado. Agamenón comenzó a reunir bajo su mando una flota tan grande que oscurecería el horizonte.

Pero no todos acudieron con gusto.

En Ítaca, Ulises, que amaba la calma de su isla y el llanto de su hijo recién nacido, fingió estar loco para no ir a la guerra. Comenzó a arar la arena como si cultivara el mar, esperando que lo tomaran por demente. Pero los mensajeros descubrieron su engaño, y no tuvo más remedio que unirse a ellos.

En otro rincón de Grecia, la diosa Tetis trató de ocultar a su hijo Aquiles, pues sabía que, si marchaba a Troya, posiblemente nunca volvería. Pero el joven comprendió que su destino lo llamaba y partió hacia la guerra sin mirar atrás.

Así, todos los héroes fueron reuniéndose: Áyax, fuerte como un muro; Néstor, sabio y anciano; Diomedes, impetuoso y leal.

Y cuando las velas se desplegaron al viento, la costa de Grecia se cubrió de reflejos de todos los colores, como un jardín extendido sobre el mar.

Y en los cielos, Afrodita sonrió satisfecha, mientras Hera y Atenea apartaban la mirada, sabiendo que su disputa había alcanzado por fin el corazón de los mortales.



### Capítulo 3 – Preparándose para la guerra

En las costas de Grecia, los reyes que habían respondido al llamado de Menelao se reunieron en el puerto de Áulide. Miles de hombres llegaban desde todos los reinos, y la playa se llenó de armas, caballos y esperanzas. El golpe de los martillos resonaba entre los mástiles, y el aire olía a hierro, a sal... y a guerra.

Desde lo alto de una colina, el rey Agamenón contemplaba la flota. Mil naves extendidas a lo largo de la costa esperaban la señal de partida. Era un espectáculo tan grandioso que parecía obra de los propios dioses. Los cascos relucían al sol, y los pendones de cada reino ondeaban al viento.

Pero a Agamenón no le movía solo el amor fraternal. Sabía que aquella guerra podía dar a Grecia un único mando, una sola voz. Si lograba vencer a Troya, ningún rey dudaría de su poder ni de su derecho a gobernar sobre todos. Y, en el fondo, sentía que era su destino: unir a los pueblos bajo su bandera y devolver a los griegos el orgullo perdido.

Entonces, cuando todo estuvo listo, el viento cesó. Las velas cayeron pesadas, y el mar se volvió liso y callado, dejando inmovilizada a la flota.

Los días pasaban lentamente, y la playa se había convertido en un lugar de murmullos y dudas. Los soldados, acostumbrados a las batallas, se encontraban ahora luchando contra una fuerza más insidiosa: el tiempo. La quietud del mar parecía absorber sus energías, y el sol, implacable en su brillo, solo acentuaba su desesperación. En el campamento, algunos empezaron a decir que los dioses jugaban con ellos, burlándose de su empeño, mientras otros, más supersticiosos, veían en la calma una señal de la furia que se desataría.

Los sacerdotes elevaron plegarias, encendieron incienso, ofrecieron frutos y pidieron señales al cielo. Pero los dioses guardaban silencio.

Una tarde, el oráculo habló al fin:

—Los vientos no soplarán hasta que Agamenón devuelva a la diosa Artemisa aquello que una vez le fue entregado.

Nadie comprendió de inmediato el sentido de aquellas palabras. Pero el rey recordó, inquieto, que la diosa había estado presente cuando nació su hija Ifigenia, y que el primer llanto de la niña coincidió con el vuelo de una bandada blanca sobre el palacio. Algunos sabios decían que eso significaba que Artemisa había bendecido a la pequeña; otros, que la había reclamado como suya.

Agamenón caminaba sin rumbo, mientras sus pasos resonaban sobre la arena, en su mente solo había caos. El peso del mando, la

responsabilidad de un reino entero sobre sus hombros, parecía insignificante frente a la angustia de lo que tenía que hacer.

—¿Es esto lo que los dioses quieren? —murmuraba mientras caminaba—. ¿Qué rey sacrificaría a su propia hija por el bien de una guerra que no es suya?

En su alma chocaban dos mundos: la lealtad a Grecia y el amor paternal que le impedía ver más allá de la figura de Ifigenia. Pero en su interior sabía lo que tenía que hacer.

Al amanecer, el cielo estaba cubierto de nubes inmóviles. En medio de la arena, un altar blanco esperaba.

Entonces llegó Ifigenia, acompañada de su madre Clitemnestra, creyendo que asistiría a una ceremonia en honor de los dioses. Pero cuando vio el rostro de su padre, comprendió que no era un día de fiesta.

—Padre —dijo con calma—, no temas. Si la diosa me llama, iré con ella.

Una luz dorada descendió del cielo. La brisa, que había dormido durante días, despertó con un murmullo suave. En medio de aquel resplandor apareció Artemisa, radiante y serena.

—La niña que criaste pertenece a mi reino y hoy se viene conmigo.

Tocó la frente de Ifigenia con los dedos, y ambas desaparecieron envueltas en un velo de luz. Sobre el altar quedó una cierva blanca, símbolo de pureza y del vínculo entre la tierra y el bosque, confirmando que la diosa estaba satisfecha.

Los hombres cayeron de rodillas. Agamenón alzó la vista y comprendió que ese era el destino de Ifigenia.

Poco después, un viento nuevo agitó las velas. Primero fue un susurro, luego un soplo constante, y al fin un rugido alegre que hizo crujir los mástiles. El mar despertó, y las naves comenzaron a avanzar una tras otra con ánimos renovados.

Agamenón miró al horizonte con la sensación de que una parte de su alma había quedado atrás, enterrada bajo la arena de Áulide.

Ifigenia había sido la ofrenda para un destino más grande, pero el precio que había pagado era tan alto que la victoria ya no le traería consuelo. En su pecho algo comenzó a endurecerse, un peso que ya no podía ignorar. Sabía que, a partir de ese momento, no había vuelta atrás.

Mientras las velas se hinchaban y el viento los empujaba hacia Troya, Agamenón pensó en cómo los dioses jugaban con la vida humana, cómo un solo sacrificio podía desencadenar el destino de todos los hombres.

En su corazón, la culpa se mezclaba con la determinación. Había perdido a su hija, y ese sacrificio no podía ser en vano. La guerra debía ser ganada, y su reinado, consolidado, para que la memoria de Ifigenia viviera en la victoria.

Los vientos los llevaban hacia Troya, y con cada brisa que inflaba las velas, Agamenón sentía que el peso de su sacrificio los impulsaba aún más.

Visita [www.olladadetinta.es/en/resources](http://www.olladadetinta.es/en/resources) o escanea este código QR para acceder a recursos educativos y materiales complementarios relacionados con este libro.

